

«Todo hombre capaz de reflexionar se asombrará de que una «religion tan pura, tan juiciosa, tan útil á la humanidad «como la cristiana, pueda ser el objeto de las declamaciones furiosas de tantos escritores, y de que estas declamaciones puedan ser el objeto de la diversion mas agradable.»

«Son tan vanos y débiles los hombres, escribe Chateaubriand refiriéndose á los enciclopedistas franceses, que muchas veces el deseo de darse importancia les hace afirmar cosas que no creen, ó á lo menos de las que no están completamente convencidos (1).» D'Alembert creemos será un testimonio irrecusable ante las personas á quienes nos dirigimos. Habla por experiencia y hace su propio retrato.

«El deseo, escribe (2), de no tener freno en sus pasiones, y la vanidad de parecer sábio y no pensar como la multitud, mas bien que la ilusion de los sofismas, es lo que ha hecho un gran número de incrédulos. Cuando las pasiones y la vanidad callan, la fe renace (*).» *Tu dixisti*. ¿Se quiere otro testimonio mas explícito aun? Pues el mismo converso Boulanger declaró como declaraban todos, «que interiormente siempre habia respetado la Religion, y al escribir contra ella habia tenido que sofocar la voz de su conciencia, dejándose llevar del fuego de su imaginacion arrastrado por los aplausos y el elogio de los filósofos (**).»

Que los señores filósofos se abracen con la virtud y se desvanecerán todas las fantasmas del ateísmo. «Conservad siem-

(1) *Ensayo sobre las revoluciones*, tomo 2.

(2) Cita de Feller 1, 32.

(*) «Aun cuando los filósofos, dice tambien Rousseau, estuviesen en estado de poder descubrir la verdad, ¿quién de ellos tomara empeño por sostenerla? Cada uno sabe por sí que su sistema no está mejor fundado que los otros; pero lo sostiene porque es suyo. No hay uno que si llegase á conocer la verdad, ó falsedad de él, no prefiriese la falsedad que habia investigado á la falsedad descubierta por otro. ¿Dónde está el filósofo que por adquirir gloria no engañase gustosamente al género humano? ¿Qué otro objeto se propone ninguno de ellos en el secreto de su corazon mas que el distinguirse? Con tal que se sobreponga al vulgo ó ofusque el brillo de sus concurrentes, no necesita mas: lo que importa es pensar de diferente manera que los demás. Con los creyentes es ateo, con los ateos fuera creyente.» (*Emilio*).

(**) El P. Feller hace una descripcion muy clara y luminosa del incrédulo distinguiéndole en cinco especies ó categorías: incrédulo necio, incrédulo vicioso, incrédulo por moda, incrédulo por afectacion, é incrédulo por principios. Tambien los divide en cuatro por su plan de ataque, á saber, en bufones, chistosos, preguntadores y chariatanes.

«pre, dice Rousseau (1), vuestra alma en estado de desear «que haya un Dios, y jamás lo dudaréis.» Y las palabras de este deista son semejantes á aquellas de san Agustin: «Solamente niega la existencia de Dios aquel á quien conviene que no exista.» «Una vida relajada, decia tambien «el Crisóstomo aludiendo á los escribas y fariseos, lo cual «conviene igualmente á nuestros incrédulos, una vida relajada y el amor á ella son la causa principal de la incredulidad (2).» Es consiguiente que el que no quiera ser bueno tampoco quiera ser creyente (3). Quédales, sin embargo, la desgracia de que su incredulidad no puede destruir la realidad de aquello que la motiva, ó la necesidad del futuro que temen.

«La corrupcion del corazon, dice Lamennais (y él lo ha «experimentado desgraciadamente), pasa á ser muchas veces la religion del entendimiento.» «Yo quisiera, escribe «La-Bruyere (4), encontrar un hombre sóbrio, casto, justo, «que negase la existencia de Dios y la inmortalidad del alma; este al menos hablaria sin interés. Pero un hombre «tal no se encuentra.» Á Maistre hemos tambien oido decir: «que no conocia á ningun filósofo hombre de bien (5).»

Copiemos lo que sobre el particular dice Nonnotte desensamascarando y confundiendo á los sofistas á quienes impugna.

«Como todas las males pasiones, escribe (6), llevan consigo el carácter de crímenes y de delitos, dejan en el corazon el miedo del castigo, y por consiguiente la idea de un Dios justo y vengador es muy molesta y desagradable para quien se deja arrastrar del furor de tales pasiones, no siéndole posible ocultar sus maldades á una sabiduría infinita ni á una providencia vigilantísima. Por tanto, es evidente que todos los hombres injustos, inicuos, libertinos y corrompidos han de procurar persuadirse que no hay Dios, y hacer todos los esfuerzos posibles para persuadirlo á los demás. Buscan razones aparentes; no examinan lo que no les tiene cuenta, y se echan polvo en los ojos, y así atropellan por todo, por la Religion, por las buenas costumbres

(1) *Emilio*, lib. IV.

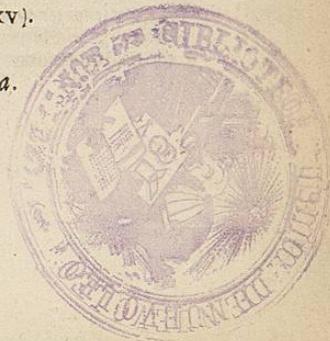
(2) *Homilia LXXII in Matthæum*.

(3) «Noluit intelligere ut bene ageret.» (*Psalm. xxxv*).

(4) *Característicos*, cap. 16.

(5) Citado en el prefacio.

(6) *Diccionario filosófico de la Religion*, artículo *Ateista*.



«y por todas las obligaciones y respetos, porque desean la impunidad para sus atrocidades. No quisieran que hubiera Dios, porque les es imposible creerlo y no temerlo.»

Por último, otro apologista moderno á quien citamos muchas veces, encerrándose con los incrédulos en la hipótesis que por un momento les concede de que la religion cristiana no sea una verdad, les confunde de esta manera: «Vosotros (1) no creéis, nos dicen, sino por preocupacion. Permitámoselo por un momento. Nos parece que la preocupacion á favor del Cristianismo es menos reprehensible que la preocupacion á favor de la incredulidad: la primera proviene de un amor sincero á la virtud; la segunda de una inclinacion decidida al vicio. La religion fue la preocupacion de todos los hombres grandes que vivieron desde el principio del mundo hasta nosotros; la incredulidad, que no es mas que un libertinaje del entendimiento, fue la extravagancia de un pequeño número de argumentadores muy inútiles, frecuentemente muy perniciosos, que no adquirieron nombre sino entre los pueblos corrompidos.

§ III. — *Esperanza.*

No hay esperanza sin fe, como no hay edificio sin base. Por consiguiente, los incrédulos se privan voluntariamente de este otro suavísimo y eficazísimo antídoto de sus calamidades. Veamos cómo contribuye también esta virtud á hacer feliz al hombre, aun en esta vida. Un impío la llama en el mas monstruoso de los libros (2), «bálsamo soberano de todos los males.» Otro (3), «cordial poderoso que endulza toda bebida amarga, hasta la última.» Y un tercero se compadece de los verdaderos ateos porque «todo consuelo, dice, «ha muerto para ellos (4).»

La mayor ó menor felicidad del hombre en esta vida depende de la mayor ó menor seguridad del objeto en que constituye su último fin y pone todo su corazón. Esta verdad no fue desconocida á la filosofía gentilica. «El sumo bien, dice

(1) Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Escepticismo*.

(2) *Sistema de la naturaleza*, citado por Bergier en el *Tratado histórico*, pág. 25.

(3) Bolingbroke, cit. *ibid.* pág. 33.

(4) Cit. *ibid.*

«Ciceron, no se puede hallar sino en lo que es inmutable, «fijo y permanente; porque si pudiera perderse, dejaria de «ser sumo bien. Lo que constituye la felicidad perfecta no «ha de estar sujeto ni á envejecerse, ni á extinguirse, ni «á debilitarse, porque quien tuviese que temer algo de esto, desde luego no podria ser perfectamente feliz (1).»

Las falsas religiones y la incredulidad no ofrecen ni presentan á sus prosélitos otros objetos en que constituir su fin último que las riquezas, los honores, ó los deleites y goces materiales, objetos tan poco estables y tan perecederos, como la experiencia siempre ha demostrado. Ahora bien: supuesta ya la posesion de estos objetos deseados como fin último, ó los pierde el poseedor impío, ó no los pierde. Supongamos que la inestabilidad de las cosas humanas no quiera por un favorable capricho arrebatarse estos bienes: sin embargo, no podrá alejar de sí aquel continuo sobresalto y temor de perderlos que le atormenta, temor y sobresalto que le hace concebir el convencimiento en que está y que tan justamente abriga de la inseguridad de los mismos. Mientras que el cristiano que espera, disfruta aquella dulce calma y tranquilidad de espíritu en que le deja la completa seguridad del objeto, objeto único verdadero y digno que su religion le ha presentado para que constituya en él su último fin, objeto de su esperanza, que estando como está fuera del alcance de las vicisitudes humanas, le posee quieta y pacíficamente, sin que le asalte el temor de que ni la rapacidad, ni la corrupcion, ni el granizo, ni la inconstante fortuna puedan arrebatarseles (*). ¿No contribuye en gran manera todo esto á hacer feliz la vida del hombre?

Pero, ¡ay! que al sobresalto del incrédulo concebido por la posibilidad de perder un deseado objeto, ó á la pena atroz de haberle perdido, acompaña la desoladora persuasion, que su incredulidad le inspira, de que ninguna otra cosa le queda en que fijar su vista y poner su corazón; y no teniendo por lo tanto que esperar ya en este mundo sino una vida infeliz, y la nada despues de la muerte, caerá en una desesperacion profunda que terminará con el suicidio. Sí:

(1) *Quæst. Tuscul.* lib. V.

(*) «Facite vobis sacculos qui non veterascunt, thesaurum non deficientem in caelis, quo fur non appropriat, neque tinea corrumpit.» (*Luc.* XII, 33; *Matth.* VI, 20).

con el suicidio físico ó el suicidio moral; porque, ó no tendrá valor para soportar una vida tan horrorosa, y tomará un veneno, ó hundirá un puñal en su corazón, ó tendrá valor para soportarla, y en este caso permitirá que la pena, pena cruel que para él no hay medio de mitigar, vaya minando poco á poco su existencia triste hasta acabarla. ¡Terrible alternativa! Mientras que el verdadero creyente, aunque le supongamos bastante apegado á los bienes de este mundo, si la adversa fortuna ó una mano rapaz se los arrebatan, no por eso se desespera: solamente perdió un objeto de sus deseos secundario y efímero: su fe le hace esperar entonces allá en lontananza otros bienes duraderos y de verdadera importancia que le consuelan é indemnizan con usura de la pérdida que sufrió, desafiando al hombre y á la fortuna á que se los arrebatan, si pueden, como le arrebataron los otros. «El que teme al Señor, dice el Sábio, de nada temblará, ni tendrá pavor, porque él mismo es su esperanza (1).»

Mas, ¡ay! que tambien el incrédulo añade á tantos tormentos la amargura de sucumbir sin que le mitigue la pena la esperanza, que no tiene, de que una mano recta y justiciera tomará venganza de los agravios que le hicieron los hombres, y de la iniquidad y tiranía con que le trataron, las cuales fueron causa de su pena, de su desesperacion y de su muerte; mientras que al verdadero creyente le queda la esperanza mas consoladora en el recurso de apelacion que tiene expedito á aquel supremo y terrible tribunal, donde, como dice un sábio autor y piadoso poeta (2), versificando el libro de Job (3):

«..... ya cede
«La opresion del impío; y ya no vale
«La fuerza del brioso jayan y poderoso
«Donde es igual el grande y el pequeño,
«Donde el esclavo ya no tiene dueño.

Es, pues, la esperanza cristiana la panacea universal del infortunio, el arma con que hacemos frente á todas las desgracias y miserias é infortunios, es la que en union con la fe, su fundamento, constituye la dicha del hombre en esta

(1) Eccli. IV, XVI: «Qui timet Dominum, nihil trepidabit, et non pavebit, quoniam ipse est spes ejus.»
(2) D. Tomás José Gonz. Carvajal.
(3) Cap. III, v. 17, 19.

vida. Y como no hay esperanza sin fe, privándose los incrédulos de la paz del alma que reporta la una, se privan tambien de los consuelos que comunica la otra.

La esperanza de una felicidad eterna despues de la muerte es lo único que puede decidirnos á sufrir con paciencia los trabajos de la vida y movernos eficazmente á la virtud. ¡Oh! supuestas las miserias y las aficciones de este mundo, el hombre, el rey de la creacion, seria la criatura mas desgraciada si nada debiera esperar mas allá de la tumba. No es, pues, extraño que los incrédulos no extendiendo su vista mas allá del sepulcro, y tomando solo en consideracion el tránsito y no el término del hombre, no cesen de deplorar la triste condicion de la humanidad, y hallen aquí un motivo aparente para blasfemar de la divina Providencia.

«Nodriz (la esperanza cristiana) de los desgraciados, exclama Chateaubriand (1), puesta al lado del hombre como «una madre al lado de su hijo enfermo, le mece en sus brazos, le suspende en su abundante pecho, y le alimenta con «una leche que calma todos los dolores; vela á la cabecera «solitaria, y le adormece con canciones encantadoras. ¡Oh! «qué sorpresa causa ver la esperanza que es tan dulce conservar, y que pareciendo un movimiento natural del alma «se transforma para el cristiano en una virtud rigorosamente «exigida. Por manera que con cualquier cosa que haga se «le obliga á beber con abundancia esta preciosa copa, en la «cual tantos miserables tendrían á gran dicha humedecer «sus labios por un instante. Aun hay mas (y en esto consiste la maravilla), el cristiano tendrá la recompensa por haber esperado; esto es, por haber hecho su propia felicidad.»

Efectivamente; la esperanza como todas las demás virtudes y doctrinas del Cristianismo, son, segun hemos visto, é irémos viendo, la única dicha verdadera que puede el hombre saborear en la tierra (2), las gradas para alcanzar la dicha del cielo, y la prenda de la gloria futura (3).

(1) *Genio del Cristianismo*, lib. II, cap. 3.
(2) «Beatus homo qui sperat in te.» (*Psalm. LXXVIII*).
(3) «Pignus futuræ gloriæ.»

§ IV.—*Influencia de la fe y de la esperanza cristianas en la pacífica direccion y tranquilidad de las sociedades.*

«La Religion, dice Bergier (1), es quien formó las sociedades; luego la incredulidad debe destruirlas.» Proposición incontestable.

La fe y la esperanza, virtudes cristianas, son el mas poderoso estímulo del hombre para el bien obrar, y á la vez el mas vigoroso freno que le aparta del crimen.

Con efecto: ¿qué propension ni qué estímulo á lo bueno se puede esperar en una sociedad cuyos individuos no creen ni esperan mas vida que esta, ni los premios eternos prometidos á la virtud? ¿qué aversion ni horror á lo malo cuando no creen ni esperan el castigo del crimen? «Nada, escribe Shaftesbury (2) á este propósito, nada es mas capaz de alentar á la virtud y separar del vicio que la presencia de un ser supremo, testigo y juez de lo que pasa en el mundo, y es un gran defecto del ateísmo separar esta causa... «creer que las malas acciones, á las cuales somos arrebatados por pasiones violentas, son castigadas por la justicia divina, es el mejor remedio contra el vicio y el mayor estímulo para la virtud.»

El incrédulo ó gentil no reconoce mas medios retractivos del crimen que la coaccion, la violencia, la ley. El creyente reconoce tres, la ley, el temor del eterno castigo, y la responsabilidad de la conciencia. Aquel único medio que reconoce el incrédulo es muy débil, porque la ley es fácilmente tergiversada ó eludida por la malicia humana, á quien nunca faltan pretextos, y pocas veces recursos, para ello. Mientras que los otros medios reconocidos por el creyente son ineludibles; porque nadie puede acallar su conciencia (3), hacerla transigir, ni eludir su rigorosa censura, estrellándose contra ella todos los falsos é hipócritas racio-

(1) *Diccionario de teología*, artículo *Incredulidad*.

(2) *Investigaciones sobre el mérito y la virtud*, cit. *ibid.* artículo *Alma*.

(3) «Etiam si cætera supplicia quæ putantur effugerit.» (*Cic. Fragm.* lib. III de *Repub.*).

cinios de la perversidad (1). Tenemos, pues, que además de la ventaja para la sociedad de tener el creyente tres frenos ó medios retractivos del crimen sobre el incrédulo que no tiene mas que uno, posee la de que aquellos dos medios en que el creyente aventaja al incrédulo son infinitamente mas poderosos y eficaces que el que á ambos es comun. Por consiguiente, como casi todos los crímenes llevan el carácter de sociales, resulta que una sociedad de incrédulos entraña infinitamente mas elementos de disolucion y de desórden que una sociedad de verdaderos creyentes.

De la misma manera, el incrédulo no reconoce mas medios impulsivos á la virtud que una estéril vanagloria. Mientras que el verdadero creyente tiene tres: el captarse el aprecio y la estimacion de aquellas personas cuya indigencia socorre, cuyos infortunios consuela, cuyos derechos defiende; el cumplimiento de los preceptos divinos, y la esperanza del premio eterno. Tenemos, pues, aquí tambien que además de la ventaja para la sociedad de asistir al creyente tres medios impulsivos á la virtud sobre el incrédulo que no conoce mas que uno, posee la de que aquellos dos medios en que aventaja al incrédulo son infinitamente mas eficaces é impulsivos que la vanagloria que únicamente mueve á aquel. Por consiguiente, como toda virtud es un elemento de tranquilidad y órden social, resulta que una sociedad de creyentes entraña infinitamente mas elementos de órden, de paz y de tranquilidad que una sociedad de incrédulos.

La ley humana, que tan exactamente comparó el filósofo Anacarsis á las telas de araña, las cuales prenden solo á las moscas pequeñas y son rotas por las grandes, es, por desgracia para la sociedad, harto poco lo que refrena al hombre, el cual la infringe fácilmente con sus crímenes, movido por la esperanza que concibe de eludir su aplicacion y su pena; mientras que el temor del eterno castigo, como que estriba en la conciencia á la que no se engaña ni se soborna, no puede ser expelido de la imaginacion: y como por este lado no ve medio alguno de disculpa ni esperanza de impunidad, se aparta y retrae de la accion mala y pecami-

(1) «Non sunt tenebræ et non est umbra mortis ut abscondantur ibi qui operantur iniquitatem.» (*Job*, xxv, 22). «Non erit fuga eis.» (*Amos*). «Non poterit avolare ab angustia sua.» (*Isai.* VIII).

nosa. ¡Ah! él sabe que ni en la altura de los cielos, ni en lo mas recóndito de los mares, ni en las entrañas mismas de la tierra está á cubierto de la mirada escrutadora del Dios vengador (1).

Resulta, pues, que al incrédulo impele al crimen la esperanza de la impunidad, con especialidad si el vicioso ó el inicuo es algun poderoso que puede corromper la justicia (2). Pero al verdadero creyente no puede mover al mal esta confianza, aunque sea el mas poderoso del mundo, porque ni con todo el oro de América puede eludir la rigurosa censura de su conciencia.

En cuanto al estímulo para lo bueno, hemos notado que el incrédulo no tiene mas que el de la vanagloria, aliciente sumamente débil y flojo: su incredulidad le arrebatá precisamente los dos mas poderosos; el uno directa é inmediatamente, y el otro como á remolque y por consecuencia de doctrinas; porque no creyendo en los premios y penas eternas, que es el uno; la conciencia, que es el otro, viene á ser una palabra vacía de significacion. Con mucho acierto dijo Ciceron (3) rebatiendo de antemano la opinion de Bayle (4) y otros sofistas, «que no bastan las leyes para llevar á los «hombres á la práctica de las buenas obras y separarlos de «las malas.» «La virtud, dijo tambien Séneca (5), es muy «imperfecta cuando no hacemos mas bien que el mandado «por las leyes: la regla de nuestros deberes es mucho mas «extensa que la de la justicia rigurosa. ¿Cuántas cosas exi- «gen la piedad, la humanidad, la liberalidad, la equidad y «la buena fe de las que ninguna mencion hacen las le- «yes?»

Para mover eficazmente al hombre á las buenas obras, al cumplimiento siquiera de sus deberes, es necesaria la Religion, la fe, la responsabilidad de la conciencia: por eso Napoleon, que sometió á su gobierno casi toda la Europa, decia «que no se creia con fuerzas bastantes para gobernar á los «lectores de Rousseau y de Voltaire.» Las leyes serian co-

(1) «Quo ibo à spiritu tuo, et quo à facie tua fugiam? etc.» (*Psalmos* CXXXVIII).

(2) «Impunitas peccandi maxima illecebra.» (*Cic. offic. lib. I.*)

(3) *De legibus*, lib. I, cap. 4 et 15.

(4) *Pensam. divers.*, cit. por Bergier, *Diccionario de teología*, artículo *Alma*.

(5) *De ira*, lib. II, cap. 27.

lumnas en el aire si no se asentaran sobre la base de la Religion que es su vínculo (1).

No basta la ley, no: ella no previene las circunstancias, ni los abusos, ni entra en los pormenores de los deberes recíprocos: aunque corte las ramas del mal, no arranca las raíces, y aunque prescriba las virtudes, no las hace amar. Deja al entendimiento en la ignorancia, y al corazon en la corrupcion, porque no moraliza al hombre, ni dirige mas que el exterior del ciudadano. No basta la ley, no: y mucho menos en las actuales sociedades de Europa, en que ha sido preciso robustecer la fuerza fisica para sustituir la falta de accion de los medios morales, cuyo acrecentamiento es el deber mas apremiante de los Gobiernos, porque estos medios son mas poderosos para curar ese mal social, que nos han legado la Reforma y el Filosofismo, que la fuerza de las bayonetas y el terror del patíbulo.

Tenemos, pues, que no creyendo el incrédulo en las penas eternas, no las espera; no esperándolas, no las teme; y no temiéndolas, no le retraen del crimen para eludir las. Tenemos tambien que no creyendo el impio en los premios eternos, no los espera; no esperándolos, tampoco le halagan; y no halagándole, no practica la virtud para alcanzarlos. Son demasiado claras y marcadas las fatales consecuencias que de todos estos principios resultan para la sociedad.

«Si se considera á los ateos en la disposicion de su corazon, dice el mismo Voltaire (2), se halla que no estando «detenidos por el temor de ningun castigo divino, ni animados de la esperanza de bendicion alguna del cielo, necesariamente deben abandonarse á todas sus pasiones.»

Bayle confiesa tambien que el Ateismo conduce á la corrupcion de costumbres y á consecuencias afrentosas: y que si los ateos discurrieran consecuentemente, se entregarían á toda clase de crímenes (3); y nótese que Bayle es el patriarca de la incredulidad moderna.

¿Quereis tener una idea de lo que seria una sociedad sin fe y sin esperanza? Pues remontaos á las sociedades anti-

(1) Saavedra Fajardo, *Empresas políticas*, empresa 23 consagrada al asunto.

(2) *Pensées sur la Comète*, citado por Feller, *Catecismo filosófico*, tomo 1, página 231.

(3) Citado por Bergier, *Tratado histórico y dogmático*, tomo 1, pág. 49.